

CAPITULO XI

Las buenas resoluciones del marqués de Avoise, si realmente las había formado, no debían resistir á la decepción que acababa de experimentar. Esperaba otro resultado de su visita, tan atrevida, á la señora de Peyral; pero las explicaciones de la joven destruyeron todas las esperanzas que su amabilidad resignada, durante sus frecuentes encuentros, le hizo concebir: encontraba en ellas un fondo de verdad y se hacía justicia.

Había tenido, en efecto, la debilidad de ceder á sus instancias, á sus persecuciones; pero él la había tratado lo mismo que trataba á sus demás conquistas de ordinario, y, pensando en ella, se veía obligado á reconocer con cuánta dignidad había soportado la pobre muchacha las consecuencias de su falta y rehusado las ofertas de fortuna que sus amigos, prendados al igual de su hermosura y de su carácter, se habían apresurado á hacerle. No le debía, pues, nada, y sentía, bajo las formas atentas

que revestía su negativa, una fuerza de resistencia inmutable; así es que, cuando salió de su cuarto necesitaba más que nunca aturdirse y apeló á los medios que empleaba de ordinario para ello.

Los chinos sólo conocen el opio, y á él piden, en la borrachera y en las delicias de las alucinaciones, el olvido de los aburrimientos de este mundo.

El marqués de Avoise se lo pedía al juego, y la música del oro le parecía divina. El movimiento de la raqueta sobre el tapete verde, llevando con la impasibilidad del destino la fortuna á unos y la ruina á otros, le encantaba, y no había mentido al afirmar á la señora de Peyral que era ella, en parte, la causa de sus locuras.

No se necesita más á veces para salvar á un hombre, que un amor, como, más á menudo aún, sólo hace falta otro para perderle. Desorientado al salir del hotel Peyral, se fué á su círculo preferido, uno de los más aristocráticos de París, y le obligaron—realmente, no se hizo de rogar mucho—á quedarse allí por la noche, excusando su ausencia acerca de la marquesa, como lo hizo en una esquila muy galante, porque él en la forma era siempre irreprochable, y, después de una comida entre amigos en el *restaurant* más en boga, los elegantes comensales hicieron una aparición en la opereta, para acabar la noche en uno de los clubs donde el bacarrat reúne á sus fanáticos, y el conde Pablo tuvo la alegría de asistir á una

partida soberbia, en la cual su discípulo, después de una lucha brillante, acabó por ser derrotado, soportando su mala suerte con admirable sangre fría.

Á las dos de la madrugada volvió descontento el marqués á su casa, donde todo el mundo parecía descansar.

Para llegar á su cuarto debía pasar por delante del de la marquesa, separado por una antesala del corredor que atravesaba, y vió con sorpresa que la antesala y el cuarto de Elena estaban abiertos, y por entre las cortinas, que estaban recogidas, á su mujer sentada cerca de la chimenea, donde el fuego ardía lentamente sobre la ceniza.

El marqués reprimió un movimiento de mal humor, adoptó una actitud tranquila y, entrando en el cuarto, dijo con interés, casi con ternura:

—¿Qué haces, Elena?

Ésta levantó la cabeza y contestó:

—¿Yo? Ya lo ves: poca cosa: te esperaba.

Gaetano se mordió los labios. El día era de explicaciones, y, después de la que había tenido con su antigua amante, no podía evitar la que su mujer planteaba.

El cuarto en que acababa de entrar era realmente digno de una princesa.

Daba por un lado á un saloncito donde la marquesa recibía á sus íntimos, y por el otro á un

gran tocador cuyas paredes cubría un brocado Pompadour, de flores pálidas, y adornado con un sinnúmero de objetos de valor acumulados por la madre para aquella niña adorada.

Este tocador separaba las habitaciones de la joven de las de su marido y comunicaba con el piso de la señora de Savignat por una escalera en forma de espiral, disimulada en uno de los ángulos por un endeble tabique.

La escalera principal servía para los tres pisos del hotel.

El cuarto estaba artesonado con maderas blancas, tomadas por el contratista, que demolía á veces antes de construir, en algún antiguo palacio de la época de Luis XVI. Los artesonados bordeaban las sedas más ricas que se han tejido en Lyon. Nada había parecido demasiado bueno para aquel ídolo de los Savignat.

Elena, recostada en una gran butaca, muy baja, estaba envuelta en una bata de seda color Habana, adornada de felpa más oscura. Apoyó el codo sobre el brazo del sillón y dijo con acento seco:

—¿No esperarás que pueda durar siempre una vida semejante?

—Pero...

—¿Te sorprende, acaso, diciéndote que se me ha acabado la paciencia? Supongo que no me acusarás de haber tenido poca.

—Es tarde — observó cariñosamente el mar-

qués:—mañana hablaremos cuanto quieras; pero no quisiera que te fatigaras.

—Muchas gracias; no temas nada: he pasado más de una noche en los bailes y no me he muerto por eso. Además, lo que tengo que decirte es grave, y, durante el día, los amigos ó mi madre pudieran interrumpirnos: siéntate.

El marqués obedeció en silencio.

Acercó un sillón á la chimenea, en la cual echó más leña; se instaló cómodamente, cruzando una pierna sobre la otra y dijo por fin, con un suspiro de resignación:

—Vamos á ver: ya te escucho.

—¿Has tenido algo que censurarme desde que nos hemos casado?—repuso Elena.

—Dios me guarde de ello.

—He llevado tu nombre menos brillantemente tal vez de lo que hubieras deseado; pero, al menos, no lo he deshonrado.

—¡Elena!

—Puedes, además, hacerme la justicia de confesar que no te he molestado con mis quejas.

Gaetano se inclinó.

—Cuando me pediste en matrimonio, no cabe duda que te dirigías más bien á mi fortuna que á mi persona, y no debo extrañarlo, pues otros hubieran obrado como tú lo hiciste; pero creo, sin embargo, que hubieras podido guardarme ciertas atenciones, como el no continuar tu vida de solte-

ro, por ejemplo, rompiendo ciertas relaciones y no abandonando tu casa tan públicamente como lo haces.

—Y...

—Déjame hablar, te lo ruego. Si la vida que llevamos puede serte agradable, lo cual me permito dudar; si conviene á tus gustos, ó, mejor aún, á tus costumbres, debes comprender que para mí no tiene ningún encanto.

—Entonces...

—Quisiera evitar un escándalo.

—¿Cuál?

—La separación, que se impone, sin embargo... ¿No es acaso el solo remedio á una situación como la nuestra?

—¿Estás en tu juicio?

La marquesa apoyó la barba sobre su mano izquierda, miró friamente á su marido y contestó:

—Sí.

El señor de Avoise movió la cabeza con una sonrisa ligeramente desdeñosa.

—Ya veo lo que es—dijo;—has recibido esta noche la visita de la señora de Savignat.

—¿De mi madre?

—De mi suegra—corrigió el marqués con un dejo de ironía;—y el señor Peyral te habrá dado también algún pérfido consejo.

—Te equivocas: como estaba sola, he subido, en

efecto, á comer con mi madre, y el señor Peyral estaba allí; pero te juro que ni aun se ha pronunciado tu nombre.

—No me quiere la señora de Savignat, y la perdono: ¡tengo tantos defectos! Pero sé muy bien que, cuando no estás influida y te guías por ti misma, eres buena como un ángel, y á veces generosa hasta el sacrificio.

—Sí; buena como una víctima, como una mártir—replicó violentamente Elena;—y te advierto que es un papel que no me conviene desempeñar por más tiempo. Mi madre, á quien acusas, deseaba quererte; pero, en verdad, no se lo haces fácil.

—En suma, querida Elena—dijo el marqués acercándose:—¿de qué me acusas? Precisemos.

—¿De dónde vienes?

—Seré sincero: de un sitio donde siento haber puesto los pies.

—Comprendo. ¿Has jugado también esta noche?

—Tal vez. En todo caso, y para contestar á tu pregunta, vengo del Casino, como todo el mundo.

—Conozco personas que ignoran hasta el camino por donde se va á él y se contentan con los goces de la familia.

—¡Hombres caseros! Son una antigualla: la especie es cada día más rara, y tiende á desaparecer, como los mastodontes y demás animales antidiluvianos.

—Existen, sin embargo, y ¡ojalá que hubiese encontrado yo uno de éstos en mi camino!

—El señor Peyral, por ejemplo.

—¿Por qué pronuncias ese nombre?

—Porque es el de un íntimo de la casa, un amigo de tu madre, y un oráculo cuyos consejos acoge con devoción.

—El señor Peyral es un corazón de oro, un hombre honrado que siempre nos ha demostrado la más leal amistad, con tanta abnegación como delicadeza, y los consejos de que hablas con tanta acritud no pueden ser malos viniendo de quien, como él, ha sabido alcanzar una consideración...

—Distinguida...

—Y una vida feliz, lo cual no es nuestro caso.

—¿Qué quieres, hija mía! Esos abogados no tienen que sufrir las tentaciones de la ociosidad, esa detestable consejera. Les envidio por ello; y, por otra parte, ese señor Peyral ha tenido una gran fortuna. La casualidad le ha deparado una joya cuya posesión crea muchos envidiosos. Ese hombre de ley, rico y considerado, como tú misma afirmas, ha tenido el buen acuerdo de hacer un casamiento de amor.

—Mientras que el marqués de Avoise, arruinado por excesos de más de un género, se ha visto en la necesidad de recurrir á un matrimonio de dinero...

—No he dicho eso—replicó vivamente el marqués;—y en verdad...

—Te dispenso de precauciones: no estamos ya en los días, escasos y lejanos, en que podíamos engañarnos uno á otro. He abrigado ilusiones, lo confieso: cuando me casé contigo, seducida por tu elegancia, por tu porte altanero, tus maneras de gran señor, y también, ya ves que soy franca, por tu nombre y tu título, que halagaban mi pobre vanidad de muchacha, me decía que, á fuerza de sumisión, de complacencia, de deseo de agradarte, y haciéndome ayudar, en mis deseos de hacerte feliz, por mi madre, que, por más que digas, es una mujer de talento y bondadosa, llegaría á tenerte á mi lado, á hacerte olvidar tu vida pasada, tus antiguas relaciones, los casinos, de los cuales no pretendía privarte, sino obligándote á encariñarte con tu hogar, á encontrarte bien en él y sentirte orgulloso de tenerle. He aquí cómo yo entendía ser marquesa; tenía fe, pero mis esperanzas duraron poco; y, sin embargo, ni mi madre ni yo hemos omitido sacrificio alguno para llegar á ese resultado. ¿Es esto cierto?

Elena se había expresado con gran viveza, y miró frente á frente á su marido, que guardó silencio.

—No lo hemos conseguido—repuso.—Cinco años de esfuerzos inútiles me han enseñado que no tengo nada qué esperar, y que el resultado que perseguía no está á mi alcance. Tres meses después de casada, me habías abandonado por queridas que nunca dejaste.

—¡Elena!

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé todo.

—¿Pero, en fin, qué pruebas?...

—¿Necesito otras que esta soledad en que me abandonas, que las señas de inteligencia cambiadas en mi presencia en el teatro, en sociedad, en paseo, en todas partes? ¿Piensas que soy ciega y quieres los nombres de esas queridas, de la última por lo menos? La baronesa de Nollet.

—Te juro...

—Sería inútil.

—Sin embargo...

—Dejemos esta discusión—dijo con desaliento.—No me rebajo á espiarte, créelo; pero, si no sé bastante para darte esas pruebas que me pides, sé demasiado para dudar. Renuncia, pues, á una empresa inútil; y si te he esperado esta noche...

Vaciló un momento.

—¿Es?...

—Para declararte que, de hoy en adelante, no habrá nada de común entre nosotros.

La fisonomía del marqués expresó una especie de cariñosa lástima.

—Escúchame á tu vez.

—¿Para qué?

—¿Qué vida te preparas?

—La que tú me has preparado.

Y continuó más fríamente y con acento alterado:

—No trates de que renuncie á mi resolución; sería inútil: casi siempre sola aquí, poco aficionada á la sociedad, he tenido tiempo de reflexionar, y encuentro la existencia que llevo desprovista de dignidad. Yo deseaba un marido, si no ardientemente enamorado—reconozco que no soy una belleza que excite pasiones,—que me estimara al menos lo bastante para compartir conmigo su vida, para tenerme al corriente de sus negocios, de sus intereses, de sus penas y de sus alegrías. Pensaba que el hombre que consentía en darme su nombre, no juzgándose indigna de llevarlo, y se aliaba á mí, me asociaría á su existencia; pero me he equivocado, y no veo por qué he de continuar abriéndole mi cuarto cuando él me ha cerrado su corazón. No tenemos hijos; es un lazo que nos falta, y el otro, medio deshecho por tu voluntad, no es difícil de romper, que es lo que hago con mi propia autoridad, sin ruido y sin escándalo. Á partir de esta noche, encontrarás mi puerta cerrada; eres, pues, libre. Yo tengo á mi madre, y viviré con ella, puesto que, dispuesta como estaba á amarte, y siendo fácil de contentar, has hecho todo lo posible por que te aborrezca.

—¿Y me aborreces?

—No—dijo; y añadió en un tono que le hizo estremecer:—El odio es un sentimiento que nun-

ca podré comprender: me atengo por hoy á la indiferencia.

Á estas últimas palabras, Gaetano palideció ligeramente, y, no queriendo hablar, cogió las tenazas de la chimenea y empezó á mover los leños, que se consumían lentamente, cubriéndose de una ligera capa de ceniza. Nada hasta entonces, en la conducta de Elena, le había hecho temer una ruptura tan claramente planteada, y, mientras removía el fuego, estudiaba la actitud de la marquesa.

Ésta se había recostado sobre el respaldo de su sillón y esperaba, sin preocuparse al parecer, la contestación de su marido.

Por fin se decidió á defenderse, y lo hizo usando infinitas precauciones y tratando de curar con palabras cariñosas las heridas de aquel corazón dolorido.

Se mostró arrepentido, dulce, sumiso; pero, al cabo de dos minutos, su mujer le interrumpió bruscamente, preguntándole:

—¿Cuánto has perdido esta noche?

—¿Á qué viene esa pregunta?—murmuró él.

—Es que he reparado que nunca estás tan agradable como cuando necesitas pedir algo.

Gaetano se levantó, con las manos crispadas por el despecho, y se apoyó sobre la chimenea.

—Eres cruel—dijo.

La marquesa calló.

—Vamos á ver—continuó;—haces mal en tra-

tar de herirme en el único punto vulnerable que aun tengo, el orgullo. He arreglado mal mi vida, convengo en ello; pero mis faltas pueden tal vez repararse...

Y bruscamente preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¡Y quieres, á los veintiséis años, romper con tu porvenir!

—Ya está roto—replicó.

El marqués se estremeció, porque sentía que se estrellaba contra una voluntad implacable.

—Comprendo tu enojo—repuso;—está muy justificado. Sé que he cometido faltas graves contigo, y á veces me acuso por ellas con más dureza de lo que puedes suponer. Nuestro casamiento se concertó bajo malos auspicios: tú querías un nombre, yo buscaba un dote, y un notario nos juntó. Yo creí que, satisfecha con ese cambio de estado, te dejarías arrastrar por el torbellino de la sociedad, como lo estaba yo mismo, en el círculo de mis relaciones antiguas y de las pasiones á la moda, en las cuales naufragó mi patrimonio.

Te juzgaba mal, pensando que eras como otras tantas mujeres, deslumbradas por su fortuna, y cuya frivolidad se contenta con paseos, teatros, reuniones y visitas á tiendas y modistas.

Para ellas, el día se pasa como un sueño entre probarse trajes y la chismografía de sus amigas:

á veces, una rifa de beneficencia, dándoles algo qué hacer, viene á romper la monotonía de sus diarias distracciones. No se ocupan en lo más mínimo de sus maridos, y ambos gozan de una libertad casi completa. Tú, Elena, y lo digo en tu elogio, eres de otra pasta. Concebías el porvenir con horizontes mejores y más caseros. Nuestro punto de vista era distinto, y, al emprender caminos tan diferentes, era natural que nos alejásemos el uno del otro.

Además, yo soy un gastador que no sabe echar cuentas: es una cosa que no me han enseñado, desgraciadamente, y no tengo en mis venas sangre de traficante ni de industrial. Por otra parte, la guerra se ha reducido á un arte mecánico que ni me entusiasma ni me tienta. No se sabe, pues, en qué emplear la actividad, y se sucumbe al ocio. Esta es mi historia. Me guardas rencor, y tienes razón: tu educación y tu carácter hacen que me encuentres odioso, y, sin embargo, sólo nos separa una mala inteligencia: vales mucho más de lo que yo pensaba, y ¡quién sabe si podríamos aún volver á empezar la vida y entendernos, puesto que todavía es tiempo! ¿Qué me responderías si, confesando mis culpas, te prometiese con entera sinceridad repararlas en cuanto de mí dependiera?

El acento del marido, seco en un principio, había descendido hasta la súplica, y añadió, inclinándose sobre los cabellos negros de su mujer:

—¿Quieres?

Elena levantó la cabeza lentamente, le dirigió una mirada sombría y, con la voz enronquecida por la emoción, replicó:

—Te he preguntado cuánto has perdido. La cantidad debe ser fuerte, porque nunca te he visto tan meloso: ¿la cifra?

El señor de Avoise retrocedió instintivamente, como, si en un asalto de florete, su adversario le hubiese tocado en el pecho.

De ordinario Elena le trataba como una bondadosa hermana de la Caridad, dispuesta á la indulgencia, y le había acostumbrado á una gran tolerancia y á una verdadera conmiseración por sus defectos; pero ahora se encontraba enfrente de una metamorfosis extraña que le llenaba de asombro, y no reconocía á la marquesa.

Aquella masa maleable y tierna se había vuelto de pronto dura y resistente, y, á pesar de las negativas de la joven, veía detrás de ella, como entre bastidores, al señor Peyral y á la señora de Savignat; pero se engañaba: era la sangre de los Savignat la que se revelaba al fin.

—¿No me respondes?—dijo Elena.

—Es que estoy profundamente sorprendido.

—¿De qué?

—No te reconozco. ¿Quién te ha cambiado hasta ese punto?

—¡Tú, tú solo! ¡Estoy harta! Esta es la verdad:

no perdamos tiempo en frases inútiles. ¿Cuánto debes?

El marqués bajó la cabeza, dominado por el acento imperioso de su mujer, y dijo:

—Sesenta y cinco mil francos.

No había acabado de pronunciar la frase, cuando hubiese querido recogerla para dulcificarla con algunas explicaciones; pero ya era tarde, y el mal estaba hecho. Con una sola palabra acababa de destruir el efecto de su confesión y de sus súplicas, que habían impresionado á Elena más de lo que le dejó comprender.

—Ya lo ves—dijo;—es de dinero de lo que se trata. ¡Ah! Te conozco demasiado; soy un espíritu observador, aunque no tengo más talento que hermosura...

—Te calumnias...

—No; sólo me reconozco algún buen sentido: ¡sesenta y cinco mil francos en algunas horas! No vas mal, cuando estás absolutamente arruinado; cuando tu hacienda de Avoise está gravada de hipotecas por más de lo que vale y nuestras rentas están empeñadas por diez y ocho meses.

—¡Qué sabes tú!

—¡Niégalo, si te atreves! ¿Estarías acaso aquí si así no fuese?

—¡Elena!

—¡Ten cuidado! No es ya su dinero lo que se juega el marqués de Avoise; es su honor.

—¡Señora!—gritó pálido de coraje.

—Tanto peor—replicó Elena;—y, puesta á ello, prefiero decirtelo todo. ¡Cuando pienso que hace un momento estuve á punto de dejarme engañar por tus muestras de arrepentimiento y de sinceridad!... ¡Tú cambiar de vida, tú sentir remordimientos! ¡qué doblez! Lo que acabo de oír me lo has repetido veinte veces, con más ó menos calor, según la importancia de la cantidad que necesitas; y esta noche, desde tus primeras palabras, debí adivinar que el desastre era de los que forman época: puesbien, con gran sentimiento, te digo que me es imposible ayudarte: desde hace seis meses, si pago á los criados, es gracias á mi madre...

Una lágrima de despecho y de vergüenza se desprendió de sus ojos.

—Dirigete á ella—dijo dulcemente el marqués:—te quiere demasiado para rehusar.

—¡También ella está harta! El dinero de los Rothschild se fundiría entre tus manos como la cera.

—¿No quieres hacerme ese favor?—dijo secamente el marqués.

—No puedo.

—Sea. Suspende entonces tus recriminaciones. Encontraré eso mismo en otra parte. Dices que arriesgo mi honor; aun no; pero ten presente que, el día en que peligrase, le queda siempre un me-

dio al que es caballero para salir del paso y pagar una deuda de honor.

—¿Y cuál es ese medio?

—Saltarse la tapa de los sesos.

—¿Y tú lo harías?

—Sin vacilar.

La marquesa reprimió un estremecimiento.

En aquel momento se abrió la cortina del tocador y apareció la señora de Savignat.

—¡Usted aquí!—exclamó el señor de Avoise.

—La doncella me ha dicho que Elena no se había acostado, y, suponiendo que tendría algún disgusto ó estaría quizás enferma, he subido. Acabo de llegar.

—Y ha oído usted...

—Solamente algunas palabras, por las cuales comprendo que se trata de pérdidas de juego. Mi hija tiene razón; arriesga usted su honor, porque llega un día en que el jugador, falto de todo recurso, como usted lo está, tiene que saltarse la tapa de los sesos. Usted no ha llegado aún ahí, porque, sea cual fuere la suma que le hace falta, la tendrá usted mañana. Supongo que la necesita usted para antes de medio día, como siempre.

El marqués bajó la cabeza.

—Esté usted tranquilo: sólo que, como no quiero que se evapore una fortuna ganada con tanto trabajo, le aconsejo que evite nuevas locuras, porque estoy decidida á no hacer más concesiones:

todo tiene su límite. Por otra parte, debo decir á usted, aun cuando la hora no es á propósito para tratar de asuntos, que los Nollet exigen la devolución de la suma que les debe usted.

—¡Ah!

—El barón Luis, que es amigo de usted, á lo que parece, no era de esta opinión, pero sus hermanos quieren cobrar; ¿puede usted pagarles?

—No.

—Entonces, será preciso vender la finca de Avoise.

—¿Á quién?

—El barón se ofrece á tomarla á cambio de una cancelación completa de su deuda: ¿acepta usted?

—Como á usted le parezca.

—Usted es el que ha de decirlo, puesto que se trata de sus intereses. Yo he prometido al barón una contestación mañana por la mañana. ¿Qué le digo?

—Lo que usted quiera.

—Ya ves — dijo amargamente la marquesa— que siempre es de dinero de lo que se trata en esta casa.

—Elena—dijo su marido,—¿persistes en tu resolución?

—Sí.

—¿Serás inflexible?

—Me considero viuda.

—Así, pues, ¿no me perdonarás nunca?

—El porvenir lo dirá. Déjame sola con mi madre.

Y añadió con más dulzura:

—Te lo ruego.

Eran las tres de la mañana, y la luz de las lámparas, que empezaba á amortiguarse, hacía aparecer aún más pálida á la joven.

Cuando se encontró sola con la señora de Savignat, Elena rompió á llorar.

Su madre la desnudó, cerró las puertas, la acostó en su magnífica cama y se sentó á su lado reflexionando.

Había asistido á la escena entre el marqués y su hija, desde el principio hasta el fin, y Gaetano había opuesto las mismas objeciones que el señor Peyral á la posibilidad de una separación... la falta de pruebas, que el señor de Avoise era demasiado hábil para proporcionar á sus adversarios; y, sin embargo, era una existencia intolerable de la cual se hacía necesario salir; pero ¿cómo? ¿de qué modo?

El marqués había tenido un instante para obtener su gracia. Si se hubiese arrojado á los pies de las dos mujeres, era tiempo aún de convencerlas y arrancar, si no su perdón, la esperanza al menos de conseguirlo, poniendo término á sus desórdenes; pero el orgullo y la imagen de la señora de Peyral le habían detenido.

¿No se atrevía á aventurar promesas, que com-

prendía que eran falsas, cuando sólo el acento de la sinceridad hubiese podido triunfar de las dudas de Elena y de su madre: ese momento no debía presentarse más.

Á las tres y media, la señora de Savignat se levantó y contempló á su hija, que se había dormido, vencida por el cansancio.

La besó tímidamente, por miedo á turbar su sueño, y se fué por donde había venido.

Cuando entró en su cuarto, la amenaza del marqués le sonaba en los oídos. ¡Suicidarse por una deuda de juego! ¡Saltarse la tapa de los sesos! Era una solución, era la libertad para Elena, y la tenía en su mano, puesto que no tenía que hacer más que cerrar los cordones de la bolsa; pero rechazó con horror este pensamiento.

—¡Ah, no!—dijo en alta voz.—Sería horrible; y—pensó interiormente—le aborrezco, es verdad; pero ¿por qué no se arrepiente?

Y se durmió, triste por las penas de su hija, pero con la tranquilidad de una conciencia recta.

CAPÍTULO XII

El despacho de los señores Nollet se hallaba situado en el entresuelo de un inmenso hotel, cuyos jardines, que asombra el encontrar en esta época en el centro de París, son tan vastos, que bien pudiera instalarse en ellos una pequeña explotación agrícola.

Desde las ocho de la mañana, y más temprano aún algunos días, uno de los hermanos se instala en aquel despacho alhajado al gusto del primer Imperio, del cual es uno de los más puros ejemplares, y que los Nollet conservan con religioso respeto.

Aquel despacho ha sido honrado durante cuarenta años consecutivos, que empezaron en 1802, por la presencia del fundador de su dinastía, Luis Anselmo Nollet, el verdadero Nollet, el verdadero autor de su fortuna, y abuelo de los tres Nollet actuales.

Á las nueve en punto, de la mañana siguiente á

la entrevista nocturna de la marquesa de Avoise con su marido, paró á la puerta del hotel Nollet una berlina, de la cual se apeó una señora que atravesando el patio principal, que se halla delante de las habitaciones ocupadas por los banqueros, entró en las oficinas y preguntó:

—¿El señor barón Luis Nollet?

Esta señora, que, á pesar de la sencillez de su traje, no tenía el aspecto de una cliente ordinaria, fué recibida inmediatamente.

—Soy yo—dijo,—y le traigo á usted la respuesta consabida.

El banquero, que estaba sentado delante de su bufete, adornado de cabezas de esfinge, de bronce cincelado y cubierto de legajos arreglados con un cuidado meticuloso, se levantó, adelantándose á aquella visita esperada, con toda clase de demostraciones amistosas.

—¡Y bien!—preguntó.—¿Qué han decidido ustedes?

La señora de Savignat, pues era ella, se sentó en un sillón de brocado verde con flores pálidas, y dijo:

—Estaba dudosa ayer, y casi decidida á un nuevo sacrificio...

—Y esta mañana...

—He cambiado de opinión. Una escena entre mi hija y su marido, á la cual asistí anoche, ha disipado mis buenas disposiciones.

—Su yerno de usted es incorregible, y, en confianza, aquí para entre nosotros, diré á usted que preveo una catástrofe....

—El marqués ha perdido al juego, como siempre.

—¿Una gran cantidad?

—Sesenta y cinco á setenta mil francos.

—Una bagatela—dijo hipócritamente el banquero.—Por lo general, las diferencias entre esos señores son de más importancia.

—Buen consuelo. ¿De modo que está usted decidido á tomar la finca de Avoise?

—Si usted no la quiere...

—Elena no tiene hijos, y puede suceder que el marqués sea el último de su raza, y que una calaverada de las que le sugiere su poco seso le arrastre á un desastre final.

El barón Nollet inclinó la cabeza con aire de profunda compasión.

—Es de temer—articuló.

—Mi yerno no tiene ya recursos. No creo que pueda contar con amigos bastante desinteresados para ayudarle en un caso desesperado, y esta noche hablaba nada menos que de suicidarse, si por acaso no podía satisfacer alguna deuda de honor.

Los ojos del banquero, sus ojillos de color de acero, que parecían tan fríos como la piel de un reptil, lanzaron un relámpago.

—¡Oh! El marqués ha dicho... que se... si no podía pagar... ¡Imposible!

—Lo he oído yo misma.

—Ese sentimiento le honra—afirmó el banquero.

—¿En qué?

—Porque prueba que la antigua sangre de los Avoise no está demasiado degenerada.

Y mirando bien de frente á la señora de Savignat añadió:

—¿Pero usted cree que lo haría de veras?

—Yo no lo sé.

—Á veces se dicen cosas... por hablar; pero cuando se trata de dar un paso semejante... se retrocede... ¿no cree usted?...

—Parecía muy decidido.

—Pero, en fin, ¿usted qué opina?

—Yo creo—replicó la señora de Savignat—que el señor de Avoise, mejor inspirado, y comprendiendo que, una vez vendida su propiedad, no le queda nada, se resignará á ser juicioso, evitando el arriesgar en el juego sumas que no podría pagar, y no le niego á usted que, en esa esperanza, voy á liquidar sus deudas por última vez.

—¿Dice usted que por última vez?

—Sin duda: mi bolsillo no es inagotable, y sus locuras me exasperan. Así, pues, voy á pagar la suma que ha perdido anoche.

—Bien.

—Y le ofrezco á usted Avoise.

—¿Á cambio de su débito?

—Es demasiado poco—declaró la suegra;—quie-

ro conservar á mi yerno una cantidad para su bolsillo. Si la emplea mal, peor para él.

—¿Qué cantidad?

—En números redondos, cien mil francos.

—¡Diablo!

—Es mi proposición decidida.

—Voy á sorprender á usted.

—¿Aceptándola?

—Tal vez.

—No me sorprende, y aun gana usted, porque Avoise vale millón y medio por lo menos.

—Se forja usted ilusiones.

—Ninguna. ¿Está convenido?

—No puedo rehusar á usted nada... á usted—dijo el banquero con marcada intención.—Voy á llamar á mi notario, la escritura estará lista esta tarde y se firmará mañana temprano. Los cien mil francos serán entregados al marqués en el acto del otorgamiento.

—Está bien.

La señora de Savignat se levantó.

—¿No lo sentirá usted después?—preguntó el banquero.

—De ningún modo.

—Hasta mañana, pues. Es usted una verdadera mujer de negocios, y me ha sacado usted una cantidad que pensaba guardarme.

Cuando se vió solo el banquero, pensó en si el marqués hablaría sinceramente.

—Tengo mi desquite. ¡Renunciar él á las emociones del tapete verde con cien mil francos en el bolsillo... vamos! He aquí una suma que doy con gusto.

Y se frotaba las manos, mientras una sonrisa de mal agüero asomaba á su cara de zorro.

CAPÍTULO XIII

La señora de Savignat volvía entre tanto á su casa; iba humillada y furiosa del papel que le imponía su yerno obligándole á dar pasos que la disgustaban, y á los cuales no estaba acostumbrada.

Durante toda su vida, los Savignat sólo habían tenido victorias comerciales, ganando dinero sin cesar, y ahora, á cada instante, era preciso desmembrar el capital adquirido con tanto trabajo para pagar deudas, para acallar acreedores, para llenar los abismos abiertos por aquel derrochador.

Estaba exasperada; pero su dignidad la hacía contenerse, y no mostrar su exasperación.

Sus sirvientes lo adivinaban en cierto brillo de los ojos pardos de la *patrona*, como seguían llamándola en la intimidad de la cocina; en su frente, que dividía una arruga vertical que hacía juntarse sus espesas cejas, y sobre todo en sus labios apretados por un mohín especial.

Rabiaba de su impotencia para evitar el mal y recobrar á su hija, mientras su excelente caballo trotaba á lo largo de los bulevares en la animación de la mañana, la hora de los negocios.

El marqués había tenido las mismas reticencias que el abogado en su conversación con Elena.

—¿De qué me acusas?—decía.

Asimismo se expresaba el señor Peyral, y las palabras *pruebas, pruebas*, zumbaban en los oídos de la suegra con una insistencia burlona.

¿Para qué sirven los millones, la riqueza sólida, si los padres no tienen el derecho de decir á un yerno que causa la desgracia de su hija única y que la atormenta con disgustos y decepciones: «Sepáramonos: devuélveme esa hija que te he dado por error: todo se ha acabado?»

Había además un hecho que la sublevaba y la estremecía hasta la médula de los huesos, y era la disipación enorme, monstruosa á sus ojos de aldeana, y contra la cual se levantaba su espíritu de ahorro.

¡Ah! ¡Qué caro costaba comprar un nombre sonoro, el tener una hija marquesa, con derecho á poner un blasón en la punta de sus pañuelos y en la portezuela de sus coches!

Y aun si esa disipación desordenada fuera su sola queja contra aquel marido de otra esfera social; si hubiese rescatado con cuidados y atenciones aquel defecto capital á los ojos de una mujer

prudente, incapaz de tolerar un desarreglo en la balanza del debe y haber; si se hubiese mostrado encantador en su desorden y cariñoso con la pobre muchacha que arruinaba cuanto podía, arrancándola concesión tras concesión; si hubiese tratado de obtener su perdón á fuerza de caricias, la madre hubiera podido disculpar ese vicio, á pesar de lo que la contrariaba, y hubiese tratado de remediar el daño, tratando al delincuente con relativa indulgencia; tenía el alma grande y generosa; pero el marqués había cometido otras culpas, y la señora de Savignat tenía resentimientos muy fundados contra él. Había oído alusiones, recibido confidencias, y Gaetano no se tomaba ni aun el trabajo de desempeñar para con Elena la comedia del amor; la desdeñaba, y ni siquiera había roto sus antiguas relaciones al casarse con ella, probando descaradamente con su conducta, con su actitud, con las lecciones dadas á veces á la joven con una altanería mal disimulada, que la consideraba de una sangre inferior á la suya.

Ciertamente que en él la forma salvaba el fondo; pero Elena y su madre tenían demasiada inteligencia para no comprender á media palabra una alusión picante, y, por estar revestida de precauciones, no dejaba de herirlas.

En suma: el marqués trataba al dinero con un desdén insultante, y á la marquesa como á una colegiala cuya educación no está terminada.

Así, pues, Elena parecía destinada á arrastrar su vida, que debía ser tan hermosa, en aquella lucha y aquellos disgustos que cada día eran mayores. Cinco años de esfuerzos, de concesiones, de tentativas, ¿no probaban acaso que el mal no tenía remedio? Era preciso acabar; pero ¿cómo? Dando al señor Peyral las pruebas que exigía, y esas pruebas era preciso alcanzarlas, costase lo que costase.

En un momento, durante el trayecto desde la calle Poissonnière á la plaza de Vendome, el plan de la *patrona* se formó en su pensamiento claro y preciso.

Daríá á su abogado lo que pedía, y en seguida se ocuparían del porvenir.

Bien armados contra el marqués, usarían de sus armas ó las tendrían en reserva, según su conducta.

Al llegar á su casa, se encerró en su gabinete y reflexionó. Su yerno le costaba una vez más ochenta mil francos en una sola noche; pero gastaría el doble ó el triple, si fuese necesario, para deshacerse de él.

Se había sentado delante de su *secretaire*, medio escondido por un biombo, y se disponía á llamar en un timbre eléctrico, que estaba al alcance de su mano, cuando una ligera tos le hizo volver la cabeza, é inclinándose un poco vió á Elena, que la examinaba con curiosidad.

El dedo de la madre se quedó en el aire, y le preguntó:

—¿Qué haces ahí?

—Esperando.

—¿Á qué?

—¡Ya lo sabes!

—¡Ah! Sí, dinero. Es verdad, lo he prometido.

Arrancó violentamente una hoja de un libro talonario, escribió rápidamente dos renglones y, después de firmar, se la alargó á su hija, diciendo:

—Toma—y añadió:—de hoy en adelante no más deudas: ¿comprendes?

—Sí.

—Porque no las pagaría. Anda.

Elena iba á marcharse; pero su madre la detuvo.

—Espera un momento—dijo.—¿Dónde está tu marido?

—En mi cuarto.

—Ya sabes que no tiene nada.

—Tiene Avoisé.

—Está vendido.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana. Vengo de la casa de banca Nollet, donde debía 1.200.000 francos. El barón Luis me ha ofrecido tomar su finca por su deuda, y como me autorizó para arreglar este asunto según me pareciese, he admitido su proposición.

Elena suspiró.

—Es el fin de su patrimonio, el último resto de sus bienes—continuó la madre,—y lo ha devorado, como todo lo demás. Se acabó todo. La escritura se otorgará mañana temprano. Si los Avoise ven desde el fondo de sus tumbas lo que pasa, deben estar contentos de su descendiente. Avisale.

—Está bien.

—El señor Nollet dará cien mil francos; los he obtenido para tu marido; y, aunque pudiera guardármelos para reembolsarme algo de lo que me debe, se los dejo. Repítele mis palabras de anoche. Es el último sacrificio: no quiero en adelante dar ni dinero ni consejos: estoy harta: tu marqués malgasta el dinero y no sigue los consejos. Si vuelve á caer en sus tonterías, habrá que llevarle á los Incurables.

Y al decir esto contemplaba con una irritación nerviosa las dulces facciones de su hija, aquel rostro juvenil que había conocido tan alegre y sobre el cual un aburrimiento profundo, una especie de repugnancia y de desaliento, habían impreso su huella, y sus dedos se contraían en una muda explosión de indignación y de rabia. Haber trabajado tanto y con un éxito que ni el marido ni la mujer podían soñar en sus montañas; haber desgastado su cuerpo y su alma con un trabajo incesante, pensando en la dicha de aquella hija única, educada con tanto mimo, rodeada de una ternura ex-

clusiva, para verla más desgraciada que si, pobre y simple aldeana, hubiese al menos tenido la dicha de poseer el apoyo de un corazón amante y de un compañero dedicado á su felicidad.

—¿Á qué altura estáis?—preguntó bruscamente.

—¿En cuanto á dinero?

—Sí, en cuanto á dinero, del cual se habla sin cesar en esta casa.

—El señor Chapuset nos ha adelantado cerca de diez y ocho meses de nuestras rentas, y no quiere dar más.

—Tiene razón. Yo le he dicho que guarde sus fondos. ¿Entonces estás sin un céntimo?

—¿Qué me importa?...—Y dos lágrimas rodaron por sus mejillas; pero no era la falta de dinero lo que las hacía correr.

Su madre la atrajo violentamente hacia sí, y la besó.

—No temas nada, que estoy yo aquí. Hemos cometido una tontería, y la repararemos.

—¡Ay!

—Tú podrás juzgar á fondo á tu marido de aquí á algunos días: ya están sus negocios arreglados. No posee nada, pero tampoco tiene deudas, y esto ya es algo. Tiene una ocasión magnífica de convertirse; pero morirá impenitente, y temo que sus 100.000 francos se evaporen com^o todo lo demás.

—¿Has visto ayer á Peyral?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Nada bueno.

—¿Acerca de mí?

—¡Naturalmente! ¿De quién quieres que le hable?

—¿Es difícil de obtener una separación?

—Es casi imposible, pero la conseguiremos.

Elena palideció, y su rostro expresó una tristeza que no se escapó á la mirada de su madre.

—¿Le amarías aún?—dijo, frunciendo el entrecejo.

—No.

—Sería una cobardía.

—Pero no posee ya nada; tú lo has dicho, y no es posible abandonarle así.

—Ya he pensado en ello.

—Entonces... ¿qué será de él?

—No tengas cuidado; le aseguraremos una renta suficiente. Llevas su nombre, y todos los jueces y abogados del mundo no pueden evitar que hayas sido su mujer. No le faltará nada. Por lo demás, déjame obrar á mi antojo. Sólo exijo de ti una promesa.

—¿Cuál?

—Júrame que no te prestarás á ninguna concesión, puesto que de nada sirven, y que me consultarás antes de tomar cualquiera resolución.

—¿No lo he hecho siempre?

—Anda, hija mía.

La señora de Savignat cogió entre sus manos la cabeza de Elena y la besó por largo rato.

En el portal se oía el rodar de un coche: era la victoria del marqués, preparada para salir.

—Adiós—suspiró Elena,—y gracias. Está esperando.

—Una salida más que cuesta bastante dinero—dijo la suegra.

Hay presentimientos, y la joven subió á su cuarto con el corazón oprimido; presentía una catástrofe; el barón Nollet había pronunciado la palabra y flotaba en el aire.

La situación estaba demasiado tirante: se acercaba el rompimiento, y el corazón de Elena se aferraba aún á su sueño por alguna fibra.